

205

## Es muy notable la restauración del Palacio Brunet, en Trinidad, que va a ser dedicado a club para turistas

Un enjambre de artesanos y obreros laboró febrilmente para devolver al edificio su primitivo aspecto colonial; pulcra aplicación de los fondos. Trinidad, futuro centro de descanso

Por Armando Maribona, enviado especial

TRINIDAD, agosto 12. — (Correspondencia por avión). — Hemos venido a esta centenaria ciudad por quinta vez en diez años. Hemos abogado por la conservación del carácter antañón de la misma desde la tribuna de prestigiosas asociaciones trinitarias y desde el DIARIO DE LA MARINA y la revista "Carteles", en contra del criterio de no pocas personas modernizantes, que con mimetismo de macacos amaestrados gozan copiando todo lo extranjero, bueno o malo, y más lo malo que lo bueno. Inútil argüir a los sumisos imitadores que Verona ha sido conservada igual que se hallaba en los tiempos de Romeo y Julieta; que Toledo está recuperando su fisonomía de siglos; que San Agustín en la Florida mantiene el aspecto que le dieron los conquistadores españoles; que Williamsburg fue restituida a costo de millones, por Rockefeller, y hoy luce como durante la dominación inglesa. Su mentalidad de "baño intercalado de cinco piezas", normada por los anuncios y la propaganda de fabricantes, diseñadores, arquitectos, mueblistas y decoradores de interiores que ejercen en Cuba un imperalismo a la vez mercantil, estético y espiritual, no acepta el respeto a las tradiciones, y les invita a poner los ojos en blanco, con euforia de éxtasis, cuando llaman "hall" al vestíbulo o al pasillo; "pantry" a una reducción de la antigua despensa y "living room" a la sala, donde se vive o permanece más que en el resto de la casa, lo que se efectuaba antiguamente en la saleta, menos solemne, ya desaparecida probablemente porque los arquitectos no la juzgan funcional.

Consideren las personas sensatas la batalla que ha tenido que librar el ingeniero Manuel J. Bécquer, presidente de la Asociación Pro-Trinidad, auxiliado en los aspectos de decoración por Jesús Castellanos, para defender de otras necesidades de esta "villa" los fondos que el Gobierno del doctor Grau le confió para adquirir el Palacio de los Condes de Brunet, reconstruirlo, redecorarlo y equiparlo con lámparas, muebles y cuadros de principios del ochocientos, todo ello con el romántico y a la vez práctico propósito de dedicarlo a club de los miles de turistas cubanos y extranjeros que visitan la cuatricentenaria ciudad y que sólo en raras ocasiones lograban ver por dentro una casona criolla con su señorío solemne, su refinamiento, su buen gusto y su sabor hogareño cristianísimo. Todo esto, y los máximos confortos

e higiene modernos, se ha logrado en el Palacio Brunet. Mientras un enjambre de artesanos, obreros, decoradores, mueblistas, carpinteros, lechadores y sus auxiliares trabajaban hoy a velocidad suma para dejar lo principal listo, ya que mañana será inaugurado el Congreso, nos declaraba su asombro y admiración el joven estudiante Aubert Labastida, estadounidense de ascendencia cubana, especialmente designado por la Universidad de Michigan para filmar un documental en colores de 4.000 pies para su Facultad de Historia. "Trinidad es un portento — afirmó. — y este Palacio Brunet posee un encanto único. Los que quieren cambiar o alterar la fisonomía de Trinidad, trocar las piedras de sus calles por el caluroso y vulgar asfalto y sustituir la teja criolla por la francesa, debieran ser fusilados por traidores a su ciudad, a sus tradiciones y a su patria".

El Palacio Brunet, que ahora es un monumento nacional propiedad de la nación, destinado a contribuir al fomento del turismo, costó diez mil pesos. Al comenzarse las obras de restauración fueron apareciendo vigas podridas, techos a punto de desplomarse, escaleras que se mantenían en su sitio por costumbre o desobediencia a las leyes de gravedad, paredes agrietadas, balcones que no hubieran resistido el peso de tres personas a la vez. Los cálculos fallaron, y aquí se encuentran los comprobantes de la obra ejecutada a puertas abiertas, a la vista de todos: 32 mil 532 pesos y 58 centavos por la reconstrucción, restauración y decorado, con ornamentos pintados a mano, aprovechando colores y diseños de los fragmentos que se conservaban intactos, y 7 mil 219 pesos y 50 centavos por los muebles y objetos de arte. Es muy fácil, aunque también vil y malvado, lanzar calumnias. Es muy fácil, aunque de simplismo idiota, censurar porque ese dinero, precisamente ese dinero, no se hubiera dedicado a otra cosa (las opiniones cambian según el interés personalista). Pero el Palacio Brunet es ahora orgullo de Trinidad de Cuba y de la nación cubana entera. Y los libros de contabilidad y documentos, a cargo de la señorita Rodolinda Argüelles Hernández, contadora pública, a parte del juicio de peritos tasadores, atestiguan que se han hecho milagros con el dinero. ¡Ojalá que el doctor Carlos Prío Socarrás continúe la restauración de Trinidad tan brillantemente iniciada! El Palacio Cantero, adquirido también — en \$12.000.00 — por la Asociación Pro-Trinidad con dinero del Estado, es decir, del pueblo cubano, es otra valiosísima reliquia que merece ser revitalizada como lo ha sido el de Brunet.

El buen ejemplo produce emulación: distinguidísimas familias habaneras se proponen adquirir mansiones trinitarias y equiparlas al estilo del inicio del siglo XIX, donde descansar del ambiente mezcla de clínica y de hotel que están adquiriendo los hogares de la ciudad-capital de la República de Cuba, sin sello personal, adquiribles por catálogo, copia servil de los inventados por la industria francesa y estadounidense para satisfacer el gusto de los nuevos ricos.

MONUMENTO DOCUMENTAL ORIGINAL DEL HISTORIADO DE LA HABANA